

Un coloquio  
de

2

almas a través  
de los siglos

# Santa Teresa de Jesús y Ana Ozores

[Rosa Navarro Durán]

Clarín tenía en su mesa —o en su memoria— las *Obras* de Teresa de Jesús al crear a su Ana, a su inolvidable ente de ficción. Así fue desde el comienzo, porque en el capítulo IV de *La Regenta*, el de las lecturas formadoras de la adolescencia de su protagonista, el narrador nos cuenta que a sus quince años, Ana, huérfana de madre —como Teresa—, y con un padre lector (que le prohíbe leer novelas al igual que el de Teresa de Jesús no quería que leyera libros de caballerías), descubre las *Confesiones* de San Agustín:

Un día de sol, en Mayo, Ana, que se preparaba a una vida nueva, por dentro, cantaba alegre limpiando los estantes de la biblioteca en la quinta [...]. Vio un tomo en francés, forrado de cartulina amarilla; creyó que era una de aquellas novelas que su padre le prohibía leer y ya iba a dejar el libro cuando leyó en el lomo: *Confesiones de San Agustín*.

¿Qué hacía allí San Agustín?

Don Carlos era un librepensador que no leía libros de santos, ni de curas, ni de *neos*, como él decía. Pero San Agustín era una de las pocas excepciones. Le consideraba como filósofo (I, 202).

Ana se pone inmediatamente a leer el libro: «Ana leía con el alma agarrada a las letras». Llega al pasaje en que

el santo «refiere que paseándose él también por un jardín oyó una voz que le decía «*Tolle, lege*» y que corrió al texto sagrado y leyó un versículo de la Biblia... Ana gritó, sintió un temblor por toda la piel de su cuerpo...»; cree que se le va a aparecer algo, y cuando el pánico la deja, «la pobre niña sin madre sintió dulce corriente que le suavizaba el pecho al subir a las fuentes de los ojos. Las lágrimas agolpándose en ellos le quitaban la vista. Y lloró sobre las *Confesiones* de San Agustín, como sobre el seno de una madre. Su alma se hacía mujer en aquel momento» (I, 203-204).

El modelo de Clarín para crear ese episodio fundamental en la vida de Ana Ozores es lo que dice Santa Teresa en el *Libro de la vida*:

Como comencé a leer las *Confesiones* paréceme me veía yo allí. Comencé a encomendarme mucho a este glorioso Santo. Cuando llegué a su conversión y leí cómo oyó aquella voz en el huerto, no me parece sino que el Señor me la dio a mí, según sintió mi corazón. Estuve por gran rato que toda me deshacía en lágrimas y entre mí mesma con gran aflicción y fatiga, *Vida*, 9, 8.

Ana leerá luego otros libros, *El genio del cristianismo* y *Los mártires* de Chateaubriand —no eran las vidas de santos que leyó en su infancia Teresa de Jesús—, y luego

un tomo del *Parnaso español*, donde unas quintillas, atribuidas falsamente a fray Luis de León, que cantan a los cabellos de María, «despertaron en el corazón de Ana lo que puede llamarse el *sentimiento de la Virgen*, porque no se parece a ningún otro». Y esa devoción a la Virgen le entró con más fuerza que la de San Agustín y Chateaubriand, porque «María, además de Reina de los Cielos, era una Madre, la de los afligidos» (I, 207).

No hay más que abrir de nuevo el *Libro de la vida* de Teresa de Jesús y leer: «Acuérdome que, cuando murió mi madre, quedé yo de edad de doce años, poco menos. Como yo comencé a entender lo que había perdido, afligida fui-me a una imagen de Nuestra Señora y supliquesa fuese mi madre, con muchas lágrimas», *Vida*, I, 7. Teresa, en realidad tenía casi catorce cuando muere su madre (a principios de 1529); y Ana había cumplido los quince en esa metamorfosis de su alma en mujer a través de la lectura.

Ana no solo reza a la Virgen, sino que quiere «inventar ella misma oraciones»; y se encuentra con un libro que le abrirá el camino para hacerlo: «el *Cantar de los cantares*, en la versión poética de San Juan de la Cruz. «Versos a lo *San Juan*, como se decía ella, le salían a borbotones del alma, hechos de una pieza, sencillos, dulces y apasionados; y hablaba con la Virgen de aquella manera». Llevada por la emoción que le produce su propia creación poética, en la hondonada de los pinos del monte de los tomillares, la domina un momento «un espanto místico»; se le doblan las rodillas, apoya la frente en la tierra, teme estar rodeada de lo sobrenatural. Cuando, al oír ruido cerca, abre los ojos, ve que se mueve una zarza en la loma de enfrente, «y con los ojos abiertos al milagro, vio un pájaro oscuro salir volando de un matorral y pasar sobre su frente», IV (I, 208, 210).

Pasará el tiempo y avanzará su historia: Ana tiene ya veintisiete años cuando va con su criada Petra a la fuente de Mari-Pepa y allí, de nuevo en plena naturaleza, se sume en sus cavilaciones sobre las palabras que su confesor le había dicho al contarle aquellos «antojos místicos» de su adolescencia; así se enlazan, pues, ambos episodios. Recuerda una comparación que el Magistral le había puesto, la de la pepita de oro en el agua, para aclarar sus dudas en la búsqueda de Dios; y piensa que «la elocuencia era aquello, hablar así, que se viera lo que se decía», IX (I, 342). ¡No hay procedimiento más constante en la prosa de santa Teresa que el de la comparación para dar luz a lo que quiere comunicar!

Al ponerse el sol, «la sombra y el frío fueron repentinos»; la Regenta oye un coro de ranas, que «parecía un himno de salvajes paganos a las tinieblas que se acercaban por oriente», y que ella asocia al sonido de las carracas en

Semana Santa. Se da cuenta de que está sola y de pronto ve un sapo: «Un sapo en cuclillas miraba a la Regenta encaramado en una raíz gruesa, que salía de la tierra como una garra. Lo tenía a un palmo de su vestido. Ana dio un grito, tuvo miedo. Se le figuró que aquel sapo había estado oyéndola pensar y se burlaba de sus ilusiones» (I, 347).

Cuando Ana se dé cuenta de que el Magistral está enamorado de ella —«¡La amaba un canónigo!»— sentirá la impresión de haber tocado a un ser semejante: «Ana se estremeció como al contacto de un cuerpo viscoso y frío», 25 (II, 322). Y al final de la novela, la presencia del sapo o, más bien, de la impresión de sentirlo, va a cerrar la vida literaria de Ana Ozores. La vemos desmayada sobre el pavimento de mármol blanco y negro de la capilla del Magistral; y Celedonio, «el acólito afeminado, alto y escuálido, con la sotana corta y sucia» la descubre allí, y siente «un deseo miserable, una perversión de la perversión de su lascivia»; inclinó su «rostro asqueroso sobre el de la Regenta y le besó los labios». Ana vuelve a la vida, «rasgando las nieblas de un delirio que le causaba náuseas»: «Había creído sentir sobre la boca el vientre viscoso y frío de un sapo», 30 (II, 537). Luego empieza el silencio, lo que no quedó dicho.

Si vamos de nuevo al *Libro de la vida*, esta vez al capítulo VII, cuenta Teresa de Jesús: «Estando otra vez con la misma persona, vimos venir hacia nosotros —y otras personas que estaban allí también lo vieron— una cosa a manera de sapo grande, con mucha más ligereza que ellos suelen andar. De la manera que él vino no puedo yo entender pudiese haber semejante sabandija en mitad del día», 7, 8.

En la visión de la santa, el sapo se asocia con el diablo —las sabandijas de las primeras *Moradas* a él se refieren—, y esta asociación impregna las dos escenas de *La Regenta*: la de la evocación de las palabras del Magistral en la fuente de Mari-Pepa y la de su acólito en esa vil acción que el confesor nunca llegó a hacer, pero sí deseó.

### La lectura del Libro de la vida de Teresa de Jesús por Ana Ozores

Esta presencia evocada del *Libro de la vida* de Teresa de Jesús en *La Regenta* se debe a la lectura y admiración de Clarín por la obra de la santa; pero no se quedará en ella, sino que va a dar un paso más: hará que su Ana Ozores la lea y la relea con pasión, metiéndose entre las líneas del texto.

El Magistral va a aconsejar a Ana la lectura de santa Teresa porque «era ya tiempo de que Ana procurase en-

trar en el camino de la perfección» con sintagma teresiano— y le recomienda «la vida de la Santa Doctora y la de María de Chantal, Santa Juana Francisca», 17 (II, 76). Y le describe lo que diferenció a la santa de tantas otras monjas: su honda vida interior, pero también su gran actividad.

¿Qué había sido Santa Teresa? Una monja, una fundadora de conventos; ¿cuántas monjas había habido que no habían pasado de ser mujeres vulgares? La vida de una monja puede caer en la rutina también, ser poco meritoria a los ojos de Dios, y nada útil para satisfacer las ansias de un alma ardiente. Y, sin embargo, a la Santa Doctora, ¿qué mundos tan grandes, qué universo de soles no la había dado aquella vida del claustro? La gran actividad va en nosotros mismos, si somos capaces de ella, 17 (II, 74-75).

Le anima a la lectura aunque le advierte del desaliento: «¡Ay de usted si desmaya porque ve que para Teresa son pecados muchos actos que usted creía dignos de elogio!», le recomienda que no intente compararse, que no pretenda «llegar a ser una Santa Teresa» porque la distancia es infinita y no se puede emprender el camino; tiene que seguir leyendo, «y cuando se haya vivido algún tiempo dentro de la disciplina sana... vuelta a leer, y cada vez el libro sabrá mejor, y dará más frutos», 17 (II, 76-77).

No la vemos leer a Teresa de Jesús, pero sí a Santa Juana Francisca; o mejor dicho, quien la ve es el Magistral con su catalejo desde el campanario: «Había visto a la Regenta en el parque pasear, leyendo un libro que debía de ser la historia de Santa Juana Francisca, que él mismo le había regalado. Pues bien, Ana, después de leer cinco minutos, había arrojado el libro con desdén sobre un banco», 18 (II, 102).

Dos capítulos más adelante, en «una tarde de color de plomo», Ana, enferma en la cama, está y se siente sola, tristísima. «Yo soy mi alma» dice entre dientes y llora con los ojos cerrados. Oye la campana de un reloj de la casa, recuerda que es la hora de una medicina, y, como no está Quintanar, que es quien tenía que dársela, Ana va a coger el vaso para beber de la mesilla de noche, que está sobre un libro de pasta verde; bebe y luego lee «distráida en el lomo del libro voluminoso: *Obras de Santa Teresa. I*». Se estremece y recuerda aquella tarde de la lectura de San Agustín en la glorieta de su huerto: Clarín enlaza sabiamente los pasajes a través del tiempo y de lo acaecido y narrado. Ana, entre sus pensamientos de soledad se dice: «¿No se quejaba de que estaba sola, no había caído como desvanecida por la idea del abandono...? Pues allí estaban aquellas letras doradas: *Obras de Santa Teresa. I*. ¡Cuánta elocuencia en un letrado! ¡Estás sola! Pues ¿y Dios?». «El

pensamiento de Dios fue entonces como una brasa metida en el corazón», 19 (II, 124).

Pero no ha llegado aún el momento de la lectura apasionada del *Libro de la vida* de Teresa de Jesús. Ana va a recaer en la enfermedad y tendrá sueños horribles. Entre ellos asoma precisamente el del infierno de Teresa de Jesús, que la santa describe así en su visión:

... estando un día en oración, me hallé en un punto toda, sin saber cómo, que me parecía estar metida en el infierno [...] Parecíame la entrada a manera de un callejón muy largo y estrecho, a manera de horno muy bajo y oscuro y angosto; el suelo me pareció de un agua como lodo muy sucio y de pestilencial olor y muchas sabandijas malas en él; a el cabo estaba una concavidad metida en una pared, a manera de un alacena, adonde me vi meter en mucho estrecho. Todo esto era deleitoso a la vista en comparación de lo que allí sentí [...] Un apretamiento, un ahogamiento, una aflección tan sensible y con tan desesperado y afligido descontento, que yo no sé cómo lo encarcer», *Vida*, 32, 1-2.

Lo soñado por Ana es mucho más terrorífico en su descripción, y lo es porque es fruto de otras lecturas, como ella misma reconoce: «Una noche la Regenta reconoció en aquel subterráneo las catacumbas, según las descripciones románticas de Chateaubriand y Wiseman», 19 (II, 125). Ella verá en sueños: «Andrajosos vestiglos, amenazándola con el contacto de sus llagas purulentas, la obligaban, entre carcajadas, a pasar una y cien veces por angosto agujero abierto en el suelo, donde su cuerpo no cabía sin darle tormento». Al despertar, «anegada en sudor frío», piensa si el sueño es anticipo de la muerte, y si los subterráneos y las larvas eran imitación del infierno, «¡El infierno!».

Más adelante, cuando se entregue a una lectura apasionada de la *Vida* de Teresa, reconocerá Ana las semejanzas y le dirá al Magistral en su carta: «Vi en las pesadillas de la fiebre el Infierno, y vilo como nuestra Santa en agujero angustioso, donde mi cuerpo estrujado padecía tormentos que no se pueden describir», 21 (II, 193-194).

Se adentrará en las páginas escritas por Teresa de Jesús cuando decide acabar con su indecisión entre vivir en el mundo o en la iglesia, cuando se forma el propósito de ser de Dios, solo de Dios; don Fermín «sería su maestro vivo, de carne y hueso; pero además tendría otro: la santa doctora, la divina Teresa de Jesús... que estaba allí, junto a su cabecera esperándola amorosa, para entregarle los tesoros de su espíritu». Burlando la prohibición del médico, intenta empezar la lectura del «libro querido», al que

acude como niño a una golosina; pero no puede porque las letras le saltan, le estallan. Deja el libro en la mesilla de noche, y «con delicia que tenía mucho de voluptuosidad», se imagina que pasan los días, recobra fuerzas y se ve «leyendo, devorando a su Santa Teresa». Y exclama en su interior: «¡Qué de cosas la diría ahora que ella no había sabido comprender cuando la leyerá distraída, por máquina y sin gusto!». E impaciente por entregarse a esa lectura con voluntad y gusto, cuando le permite el médico incorporarse entre almohadones, intenta ver si puede ya leer y se encuentra con «las letras firmes, quietas, compactas». Con paso seguro, entra, pues, en el texto de Teresa de Jesús, que va a ser su compañía, su interlocutora: «En cuanto la dejaban sola, y eran largas sus soledades, los ojos se agarraban a las páginas místicas de la Santa de Ávila, y a no ser lágrimas de ternura ya nada turbaba aquel coloquio de dos almas a través de tres siglos», 19 (II, 141-142).

Luego será su marido, don Víctor, quien le prohíba esta lectura; pero «Ana leyó en su lecho, a escondidas de don Víctor, los cuarenta capítulos de la *Vida de Santa Teresa escrita por ella misma*». Y devoró las páginas; se pasmaba de que el mundo entero no alabara sin cesar a la santa de Ávila: «¡Oh, bien decía aquel bendito, dulce, triste y tierno fray Luis de León: la mano de Santa Teresa, al escribir, era guiada por el Espíritu Santo, y por eso enciende el corazón de quien la saborea», 21 (II, 188, 190).

Le hubiera gustado vivir en el tiempo de Santa Teresa, o mejor, «¡qué placer celestial si ella viviese ahora! Ana la hubiera buscado en el último rincón del mundo; antes la hubiera escrito, derritiéndose de amor y admiración en la carta que le dirigiese». Intenta encontrar semejanzas entre su vida y la de la santa, «el espíritu de imitación se apoderaba de la lectora, sin darse ella cuenta de tamaño atrevimiento». Hará buscar vanamente en las librerías de Vetusta el *Tercer Abecedario espiritual* de Francisco de Osuna, para imitar a Teresa de Jesús en sus lecturas. Pero lo hará de otra forma: escribiendo cartas a su confesor, a Fermín de

Pas, ¡la primera tenía tres pliegos! Y en ella «Ana le mandaba el corazón desleído en retórica mística», donde él leerá una y otra vez sus palabras, empapadas de las de la santa: «Ya tengo el don de lágrimas, ya lloro, amigo mío, por algo más que mis penas; lloro de amor, llena el alma de la presencia del Señor a quien usted y la Santa querida me enseñaron a conocer», 21 (II, 191, 193).

Clarín sabe muy bien que nos alimentamos de lecturas; tanto, que su espléndida criatura de ficción, Ana Ozores, pasará de intentar vivir como novicia devorando las palabras de la santa, a desempeñar ese papel en *Don Juan Tenorio*, el drama de Zorrilla, que tanto le impresionó al verlo representar. Claro está que detrás de una y otra actuación están dos personajes masculinos: el Magistral, su confesor; y don Álvaro Mesía, el donjuán decadente de Vetusta. El final literario de la bella mujer es solo suyo: ese volver a la vida con la sensación de haber sentido el vientre viscoso y frío de un sapo sobre la boca en la capilla oscura de la catedral de Vetusta, en donde el Magistral, ahogado por su pasión y su furia, se había negado a desempeñar su oficio, el de perdonar los pecados. Don Juan fue redimido por el amor de doña Inés, quien, tras su muerte, logró que Dios se apiadara de él y le abriera el purgatorio; en cambio, Ana no encuentra en la capilla de la catedral más que furia, odio y perversa lascivia: infierno en la tierra.

Ana Ozores dialoga un tiempo de su vida literaria con Santa Teresa y lo hace leyendo apasionadamente su *Libro de la vida*; pero si pudo hacerlo, fue solo porque su creador, Leopoldo Alas había leído muy bien esta obra única y la admiraba tanto que quiso que el alma de su amada criatura tuviera el privilegio de mantener ese coloquio con Teresa de Jesús a través de tres siglos. ■ ■

Nota: Cito por Leopoldo Alas, «Clarín», *La Regenta*, edición de Gonzalo Sobejano, Madrid, Castalia, 1990, 2 vols.